

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Democracia, comunicación política, y ciudadanía. Interacciones y relaciones.

Luna Follegati Montenegro.

Cita:

Luna Follegati Montenegro (2009). *Democracia, comunicación política, y ciudadanía. Interacciones y relaciones. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/202>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Democracia, comunicación política, y ciudadanía

Interacciones y relaciones

Luna Follegati Montenegro¹

INTRODUCCIÓN

Las transformaciones ocurridas en el espacio público, su ensanchamiento y dislocación, han producido una reestructuración tanto en el campo de la política como de la práctica ciudadana. A través de un complejo, paulatino y subterráneo proceso de desplazamiento de la palabra por la imagen, se estaría vislumbrando también una expansión de las materias significantes y de los procesos históricos de significación (Arancibia, 2006). La dimensión política, imbuida en este proceso, ha trastocado los clásicos parámetros modernos, transformando sus mecanismos y formatos de desarrollo y acción. La mediatización de la política podría así concebirse como la sucesión lógica del creciente desarrollo de los aparatos tecnológicos, la multiplicidad de los medios, la televisación de la política. Por ello -a través de un ejercicio bibliográfico- nuestro objetivo es analizar y plantear una visión crítica de la democracia moderna como matriz y telón de fondo de la comunicación, y su interacción con la ciudadanía y lo político.

Ciertamente la configuración e intersección de los juegos políticos en el espectro democrático, repercute no sólo en desarrollo político, sino también en la conceptualización y el reconocimiento que la propia ciudadanía tiene del espacio, mecanismos y lugares de

¹ Licenciada en Historia, Universidad de Chile. Estudiante Magíster en Comunicación Política, Universidad de Chile.

desenvolvimiento de lo político. Así, tres serán los ejes que abordaremos en la presente ocasión. El primero radica en problematizar la democracia en sí misma desde una perspectiva crítica, acentuando la temática del desarrollo del hombre, su práctica ciudadana y desenvolvimiento social. Intentaremos reconocer las posibles rupturas que se darían en la matriz democrática, más profundas y radicales que los supuestos efectos de la mediatización política actual. Evidenciando el elemento anterior, nos situaremos en un segundo momento, desde la disyuntiva generada por la comunicación política, y sus efectos en el espacio tanto político como social. Muchas son las voces que valorizan el empobrecimiento y decaimiento de la política, de sus mecanismos de información, comunicación y representación, por ello, atenderemos justamente el conflicto generado por la creciente mediatización de la política en cuanto síntoma del decaimiento y letargo democrático y ciudadano. Reconstruyamos críticamente algunos de los ejes mediante los cuales configuramos nuestro análisis.

DEMOCRACIA

Anclado ya el capitalismo como una racionalidad que más que intercede, penetra en las estructuras sociales y del pensamiento, la democracia aparece como su correlato político y parte del sustento de la racionalidad moderna. Sin entrar en la discusión sobre su conceptualización, categorización o modelos, nos centraremos solamente entendiéndola como la matriz actual donde mayoritariamente el hombre se desenvuelve. En este sentido, apunta Rancière,

“la sociedad democrática no es nunca otra cosa que un trazado ilusorio destinado a sostener tal o cual principio de buen gobierno. Tanto hoy como ayer, lo que organiza a las sociedades es el juego de las oligarquías” (Rancière, 2006, p.76).

Al pretender sostener los ideales de justicia y libertad, la democracia no ha sido sino una contradictoria experiencia desde su comienzo, en el intento de desarrollar y liberar la humanidad de los hombres. Es en ésta democracia representativa, vivida como medio ambiente, donde las teorías que la sostienen construyen la ficción de una comunidad ideal que encubre un trasfondo real de egoísmos y explotación de clase (Rancière, 1994). El capitalismo como contexto, y la democracia como operabilidad, no hacen sino organizar concreta y deliberadamente ambientes y acontecimientos para despotenciar la vida. Justamente lo que Giorgio Agamben vislumbra a través de la diferencia entre democracia clásica y moderna. Para este último, la actual democracia:

“Se presenta desde el principio como una reivindicación y una liberación de la zoé, es que trata constantemente de transformar nuda vida misma en forma de vida y de encontrar, por así decirlo, el bíos de la zoé. De aquí su aporía específica que consiste en aventurar la libertad y la felicidad de los hombres en el lugar mismo –la ‘nuda vida’- que sellaba su servidumbre” (Agamben, 2003, p. 19).

El proyecto democrático deviene promesa incumplida. Configura una propuesta de sociedad que carece de asidero real, una propuesta que se desmorona dentro de un insostenible neoliberalismo refundado constantemente. La relación entre la expansión de los estados democráticos, con la economía neoliberal se puede también percibir en la reproducción de las formas de vida que conllevan ambos sistemas entrelazados, cuya herencia es propia del capitalismo en tanto modo de producción, y del liberalismo en cuanto correlato político. Agamben señala:

“Hoy el proyecto democrático-capitalista de poner fin, por medio del desarrollo, a la existencia de clases pobres, no sólo reproduce en su propio seno el pueblo de los excluidos, sino que transforma en nuda vida todas las poblaciones del Tercer Mundo” (Agamben, 2001, p. 35).

La consecuencia del asentamiento, reivindicación y promoción de la nuda vida en las democracias burguesas, la pérdida del sentido ciudadano, su práctica y autenticidad, nos deriva al reino de lo privado sobre lo público y de las libertades individuales sobre las obligaciones colectivas. La autosustracción de lo político en las claves demoliberales termina por asemejarse a la negación política de lo político, a una reabsorción del espacio común en la esfera privada (Rancière, 1994). Así, la democracia representativa concordaría –no por sorpresa nuestra- con la satisfacción a-política de los ciudadanos: un mínimo pensar, desconfianza e impotencia. Los hombres no sólo ven imposibilitada su realización en tanto devienen nuda vida, sino que es desde esta nuda vida la que se percibe el mundo: la comodidad del espectador sentado frente al televisor. Consecuente con lo anterior, Debord desarrolla la idea de que la imagen construida por el sistema capitalista envolvería a los sujetos en una escisión de lo real, de sus condiciones de vida concretas, para insertarlos en un espectáculo donde la mercancía es la articuladora de las relaciones sociales, generando sujetos inmovilizados social y políticamente para generar una acción transformadora (Debord, 1995). Así, Debord se refiere al capitalismo mundial y los fenómenos sociales contemporáneos como “espectáculo integrado” y que tiene por característica principal la adopción de una forma difusa, que despoja de sentido e historicidad a la nueva etapa del capitalismo (Debord, 1999).

En el contexto del sistema neoliberal, la ciudadanía se ha desplazado a la vereda del consumo, a través de constante búsqueda de su bienestar individual, en sujetos atomizados y clientelizados (García Canclini, 1995). Hablamos de una sociedad donde el consumo es la propia existencia, a través de la extensión y proliferación de ofertas comunicacionales del *ocio* y la *diversión* (Santa Cruz, 1997: p. 25). El individualismo pasa a reconocerse como un motor y fundamento mismo de la actual modernidad, y los ciudadanos a identificarse como consumidores y espectadores –una ciudadanía de contemplación– asistiendo al espectáculo de la democracia y del mercado.

La democracia neoliberal, con sus vicisitudes y falencias, la nueva conjunción del espacio público y la transformación de los escenarios públicos y privados, han influido en la conformación de dicha ciudadanía. La llamada crisis de representatividad es quizás un síntoma derivado de la resquebrajada práctica democrática, que vendría más bien a evidenciar los sinuosos, complejos, accidentados y fallidos mecanismos políticos de representación utilizados en la esfera tardo moderna.

Es quizás por estar situados justamente desde la vereda demoliberal lo que potencia aun más el letargo en el que nos encontramos como sociedad, reforzado también por la intrínseca satisfacción que nos provoca la protección y comodidad que nos brinda la maquinaria democrática capitalista. En este sentido, la biopolítica juega el rol de alimentar y resguardar esta sensación de protección del estado para con los hombres, y de mantener la secreta fe de que toda tecnicidad, todo progreso material ha tendido por lo general al resguardo, cuidado y protección del hombre, su cuerpo y vida², siendo aún más paradigmático la forma en que asume y defiende este nuevo rol de productividad y control que se tiene sobre los hombres. ¿Podríamos considerar entonces la democracia neoliberal como el gobierno consciente, asumido y asimilado de un sistema que juega con la administración de las vidas humanas, depurándolas de todo sentido político, conformando ciudadanos sustraídos de su palabra política?

Así, la democracia como práctica moderna neoliberal, estaría configurando un espacio que disminuye y aminora las facultades y libertades de los hombres. Cada vez más la ciudadanía se

² Siguiendo con la perspectiva biopolítica, para transformar el objetivo y fundamento de la vida junto se requirió llevar a cabo la manipulación y docilidad de los cuerpos, a través de la utilización de métodos de poder capaces de aumentar las fuerzas y aptitudes, mientras los aparatos estatales –como instituciones de poder– aseguraron el mantenimiento de técnicas de producción. Las técnicas de poder se presentaron en distintos ámbitos sociales (familia, ejército, escuela, etc.), en el terreno de los procesos económicos, operando y actuando también en factores de segregación y jerarquización social, “*incidiendo en las fuerzas respectivas de unos y otros, garantizando relaciones de dominación y efectos de hegemonía*” en palabras de Foucault. (Foucault, M. *Historia de la Sexualidad. La Voluntad del Saber*. Siglo XXI Editores. México, 1998. P. 84.

encuentra restringida a espacios consumistas, configurando sus horizontes y esperanzas en el aspecto económico y bienestar individual. Por ello, la mediatización de la política encaja en un sistema semirepresentativo que se acomoda a los requerimientos tanto del capital como de las élites gobernantes. Es en este escenario público, donde la palabra mediatizada se reconfigura y adquiere nuevas claves y mecanismos de acción. La radicalidad de la comunicación es justamente el poseer en su interior la narración y discurso político en el contexto actual, ser un mecanismo y medio portador de la herramienta política por excelencia, del lenguaje. Veamos entonces algunas de las definiciones y conceptualizaciones acerca de la comunicación política en la actualidad.

COMUNICACIÓN POLÍTICA

Hablar de comunicación política, es hablar de política, de relación, de interacción, conflicto y contacto. La comunicación política no está circunscrita a los márgenes modernos, a sus categorías, modalidades ni soportes, sino que su actual aparición se conformaría mediante la conjunción entre los estándares modernos democráticos, y el ensanchamiento del espacio público propio del último tiempo: la democracia moderna y sus mecanismos de representación serían el sustento de la comunicación política. La política así se ha transfigurado, generando el debate de la supuesta subsunción de la política en el seno mediático, evidenciando un empobrecimiento tanto de la dimensión de la política como de la práctica democrática y ciudadana, debate que por cierto se circunscribe dentro una de una perspectiva valorativa-positiva del sistema democrático de la cual tomaremos distancia. Lo que nos interesa ahondar es justamente en el sustrato político que se identifica en lo que denominamos como comunicación política: cuáles son los juegos, destrezas y características que están inmersos en el espacio político, cual es la conceptualización de lo político en la actualidad, sus falencias y perspectivas dentro del contexto mediático democrático.

La politicidad mediatizada en las sociedades actuales, se entrecruza con el auge de la imagen como sustrato fundamental de lo político: la televisión y los distintos formatos audiovisuales son los encargados de *espectacularizarla*. Desde esta vereda, aludiendo a la crisis de representatividad actual en los sistemas políticos, Alain Tourain, señala que la comunicación política sería un ángulo del debilitamiento de la representatividad democrática, en parte por la “*especialización de la actividad política y su separación creciente respecto de las demandas sociales, de los intereses del Estado y de la defensa de las libertades públicas*” (Ferry et al. 1998: P. 53). Ello, debido al desarrollo de una política de masas en

donde los que ostentan el poder y los medios de comunicación tendrían la capacidad interferir e interceder en los candidatos, en los mecanismos y productos de consumo.

En oposición a lo anterior, Dominique Wolton apunta que *“La comunicación es un cambio tan importante en el orden político como lo han sido los medios de comunicación masiva en el de la información y los sondeos, y en el de la opinión pública”* (Ferry et al. 1998: p. 30). En este caso particular, Wolton nos lleva hacia una concepción de comunicación como la condición de funcionamiento de nuestro espacio público, considerando por cierto que la comunicación no sustituye a la política, sino que le da el espacio para su desarrollo, como signo de buen funcionamiento y madurez de la política democrática (Ibid, p. 42). El espesor espectacular que ha ido adquiriendo la dimensión política, junto con la emergencia de agentes, representaciones y narrativas, han colocado a los medios en una singular posición en el espacio público como articuladores de lo social (Arancibia, 2006: p. 71). Para Wolton, la comunicación política constituiría el nexo entre la ciudadanía y los políticos, nexo que se concretiza mediante la televisión y los sondeos de opinión. La relación entre ambas partes, mediadas por el rol que cumple la televisión, nos habla de su importancia en cuanto conformación de la opinión pública, de sus mecanismos de información y colocación de los saberes. La televisión estaría construyendo realidades al influir en el desarrollo mismo del acontecimiento (Santa Cruz, 1997: p. 36).

Desde esta última perspectiva, la televisión pasó así de ser un medio donde se “representaba” la política de argumentos y partidos a ser el lugar de la representación política (Rincón, 2004). Los medios de comunicación y las tecnologías audiovisuales se constituyen en actores, escenarios y dispositivos fundamentales de la producción, circulación y recepción de palabra política, ya no sólo para su amplificación, sino también como lugar de nuevos circuitos de almacenamiento y flujos informativos que intervienen con sus lenguajes y estéticas en la producción del sentido político. Arancibia en su texto *Comunicación Política* nos señala que *“la significación política de la televisión cruza más bien toda su malla programática, constituyendo a la propia televisión como un agente discursivo y un dispositivo de enunciación política”* (Arancibia, 2006: p. 89), a través del despliegue mismo de su flujo enunciativo, constituyendo un tramado discursivo propiamente político. Desde esta lectura, ni lo político se traduce solamente a lo jurídico institucional, ni la televisión un mero sistema de transmisión. La mediatización política sería entonces en sí misma una transformación histórica, no consiste en el hablar televisivo de un agente discursivo en particular. Cito a Arancibia:

“La mediatización en cuanto mutación y resignificación en los regímenes del habla, es propiamente una mediatización política. De esta manera cabría decir entonces que la video política sería la forma actual de la política, sería el lenguaje de la política mediatizada...Dicho de otro modo, el único modo que le cabe a la política hoy, no es sino estar sujeta a un régimen de visualidad que estaría garantizada por la televisión”(Arancibia, 2006: p. 92-93).

La televisión no constituiría un eje específico en cuanto a agente político particular, más bien la mediatización en sí misma, como transfiguración y resignificación de los regímenes del habla, sería justamente el sustrato de la política mediatizada (Landi, 1991). El problema subyace al reconocer a la política eminentemente en el marco mediático democrático, su cercamiento y enclaustramiento nos adelantan la compleja relación, ya no emanada desde los procesos y estrategias de la comunicación política, sino más bien en la constitución propia del sistema político democrático moderno. Así, la naturalización de la democracia en cuanto necesidad irrevocable para las sociedades modernas como único mecanismo de acceso a los ideales de libertad e igualdad, nos llevan a la confirmación y práctica de la política subsumida en los estándares democráticos y neoliberales.

En este sentido, la tensión existente entre el orden de lo político y la entidad del Estado y soberanía conforma el principal conflicto de la era actual. Lo sustancial, más que la injerencia de los medios de comunicación en la práctica democrática y en las dinámicas sociales y políticas ciudadana, estaría dado por las propias formas de configuración de lo político. Para Arancibia:

“El lenguaje y la comunicación constituyen el centro de gravedad de la cuestión política. Pues el discurso es el espacio material y simbólico donde los cuerpos concursan por su irrupción y participación, es decir, la posibilidad de hablar, la posibilidad de acceder al decir, al comparecer frente a otro, litigante, diferente y libre” (Arancibia, 2006: p. 209).

El contenido político, o la gravedad política que adquieren los espacios mediáticos, responde a la necesidad de lugar y lucha por el acceso a la palabra política. Lo político se reconoce entonces por la declamación de un saber, la configuración de un discurso que constituye el fundamento y elucidación de lo político (Arancibia, 2006: p. 31). En este sentido, el acceso al discurso es el acceso a lo político, o concretamente, *“Constituirse en sujeto de habla es constituirse en un sujeto político”* (Ibid, p. 31). La ciudadanía no estaría sustraída del hablar político, sino que la misma palabra política es la que se encuentra hoy transformada y quizás vaciada del contenido más

radical que debiese poseer, es en el contexto soberano, democrático y estatal donde el contenido de la palabra política se desdibuja de original concepción. “*El discurso, el hablar, en suma, el lenguaje, configura en sí mismo un régimen de política*” (Ibid, p.33), nos dice Arancibia, el cual debiese practicarse en pleno ejercicio de su libertad, con franqueza y verdad, configurándose como una característica primordial para la constitución de la democracia. Espósito apunta también a que el lenguaje es el objeto mismo de la política, como potencial mecanismo de identificación, donde surge una política en el lenguaje y del lenguaje (Espósito, 2006: p. 133).

Desde esta perspectiva, el espacio del discurso es entendido como condición posibilitante de la comunidad política. Lo propiamente político del lenguaje radica en el proceso de significación –entendido como potencia creativa e inventiva– donde, en este sentido, toda palabra se convierte en palabra política. El acceso a la palabra sería parte de la disputa política que se haya en su contenido. Al respecto, Espósito nos aclara acerca de la transformación y desvirtuamiento de lo político, al caracterizarlo a través de la palabra impolítica, que sería:

“La palabra imposibilitada a hablar está sin embargo obligada a hacerlo, obligada a decir su propia imposibilidad. A hablar sin escuchar y, al mismo tiempo, a escucharse hablar infinitamente” (Espósito, 1996: p. 146).

La problematización planteada por Espósito nos entrega algunas claves para poder analizar los fallidos mecanismos de representación de la política, de la palabra y el lenguaje político. Para el autor, la institución soberana representada en el estado y el aparato democrático genera la exclusión del conflicto del cuadro del orden, y la concentración del poder en la imagen del soberano. El efecto de la supresión del conflicto en la política le daría el carácter *despolitizador* a la política actual, y señalaría a la democracia como el lugar donde se cancelan las diferencias: una democracia que ha devenido en mito, una democracia heroica de su impoliticidad (Espósito, 1996: p. 48). Siguiendo al autor, la democracia se convierte así en mera técnica -carente de contenidos- con una comunidad en su interior ausente, inoperante e irrepresentable. Así, permanece fija:

“La concepción de lo político sustraída a la propia connaturalizada conflictividad y reconocida en el cuadro anómico de una ‘única, grande y vigorosa totalidad’” (Espósito, 1996: p. 98).

La democracia, al pretender generar un estado totalizante, falla al no considerar el carácter parcial, dual y plural de la representación política, su incapacidad para representar lo entero, la

comunidad (Espósito, 1996: p. 48). La democracia en los estándares modernos y liberales no hace sino sustraer y reemplazar la palabra política, enclaustrándola en espacios acotados de poder, restringiéndola a su mínima expresión y generando un espacio político totalizador que inmuniza lo impolítico como el único contexto y posibilidad.

Las inconsistencias democráticas datan quizás desde su origen moderno, al estar imbuidas en lo que será su vital contradicción: existir en un sistema capitalista y propiciar un estado de libertad y justicia humana. Quizás, la comunicación política y las prácticas ciudadanas -ancladas en los parámetros modernos- nos llevarían incansablemente a los caminos propiciados por el mercado, al estar insertos en sus mecanismos y funcionar en relación a sus parámetros, generando hologramas de la representación plural y formando un espejismo de la concreción totalizante.

El problema más que las mejoras que constantemente se pueden hacer a la democracia, o a la politización de la ciudadanía, participación, etc., responderían más bien a la matriz teórica-filosófica-conceptual por medio del cual se deposita toda construcción racional, matriz que quizás no goza del vigor y verdad que debiese sustentar. La importancia de erigir otros sistemas de valoración significa también multiplicar las configuraciones de poder y permitir que se creen distintas relaciones de fuerza, móviles, que imposibiliten estados de dominación perpetuos, fijos y estandarizados, como los que hoy en día imperan. Así, la comunicación, más que mecanismo aledaño a las prácticas democráticas, como nos recuerda Arancibia, tendría el cardinal rol de efectuar lo político, justamente en su dimensión conflictiva al entender lo político como

“Los procesos de significación en sí mismos, en cuanto campo de litigio y enfrentamiento por la producción y hegemonía de sentido” (Arancibia, 2006: p. 208).

En síntesis, una política reconocida en el campo del discurso como lugar de irrupción y confrontación de la palabra política, del acceso al habla.

El actual ordenamiento político, devenido en aniquilamiento y destrucción, nos obliga entonces a repensar las categorías diseñadas desde la teoría política clásica, a pensar y comprender al hombre desde aquello que justamente resulta de la desconexión de los elementos políticos y vivientes (Agamben, 2007: p. 16). De pensar una sociedad no modelizada por las prácticas mercantiles, y de espacios organizativos que se acerquen más al desarrollo de las libertades humanas. De una política que reconozca su dimensión conflictiva, que no posea esencia ni

propiedad (Espósito, 2006: p. 23), de un sujeto que vea su otredad, de una comunidad no excluyente, de una sociedad consciente de su palabra política. De un discurso y una palabra verdaderamente politizada, que no se traduzca en mera representación, de una mediatización de la política que no enclaustre ni restrinja su práctica, y de formas organizativas que no devengan en restricción y anulación.

Bibliografía

- Agamben, G. *Estado de excepción*. Ed. Adriana Hidalgo. Buenos Aires, 2007.
- Agamben, G. *Medios sin fin*. Ed. Pre-textos. Valencia, 2001
- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Ed. Pre-textos. Valencia, 2003.
- Debord, G.: "Comentarios a la Sociedad del Espectáculo", Editorial Anagrama, Barcelona, 1999
- Debord, G.: "La Sociedad del Espectáculo", Editorial La Marca, Buenos Aires, 1995
- Espósito, R. *Categorías de lo impolítico*. Ed. Katz. Buenos Aires, 2006.
- Espósito, Roberto. *Confines de lo político*. Ed. Trotta. Madrid, 1996.
- Ferry, Wolton et al. En *El nuevo Espacio Público*. Ed. Gedisa, Barcelona. 1998.
- Foucault, M. *Historia de la Sexualidad. La Voluntad del Saber*. Siglo XXI Editores. México, 1998.
- García Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos*. Ed Grijalbo. Ciudad de México, 1995.
- Landi, Oscar. *Videopolítica y cultura*. Revista Diálogos de la Comunicación N° 29. Lima, 1991.
- Rancière, Jacques. *En los bordes de lo político*. 1994. Versión digital En www.philosophia.cl/.
- Ranciere, Jacques. *El odio a la Democracia*. Amorrout Editores. Buenos Aires, 2006.
- Rincón, Omar. *Comunicación Política en América Latina*. Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, www.c3fes.net. Bogotá, 2004.
- Santa Cruz, Eduardo. *Comunicación, consumo cultural y cultura cotidiana: El caso de la Información Televisiva*. Documento de Trabajo. Centro de Investigaciones Sociales, Universidad Arcis. Santiago, 1997.